

VERDADEROS PARA SER LIBRES

Mons. Fernando Sebastián

“La verdad os hará libres”, nos dijo Jesús, en una palabra llena de resonancias antropológicas y teológicas. La verdad, para Jesús, en último término, es la bondad misericordiosa de Dios, reconocida como fundamento de todo cuanto existe. En un primer momento, verdad es la realidad consistente, la realidad del mundo, la realidad de las personas, en la medida en que está patente ante nosotros, ofreciéndonos la posibilidad de fundirnos con ella ampliando y enriqueciendo así, en la unidad del amor, nuestra propia existencia.

Ser persona es precisamente eso, vivir abierto, pegado a la realidad, vivir en la realidad del mundo, de las cosas, de las personas, arraigado en ellas por la fuerza del amor que recibimos y ofrecemos, tratando de crecer en esta comunión vital y de ayudar a crecer en la verdad y en el bien a cuantos viven en relación con nosotros. Esta dinámica común y permanente hacia el crecimiento de nuestro ser, en la verdad, por el amor, es el fondo y la grandeza de nuestra libertad. Ser libre es tener la capacidad de desarrollar la propia existencia en comunión con los demás, asimilando las riquezas de la realidad en la que estamos constituidos y arraigados.

Los hombres no somos islas. No vivimos ajenos unos a otros. Vivimos todos dentro de la gran unidad física y espiritual que es la humanidad, en un fluir de existencia que pasa de unos a otros y se multiplica sin cesar en las mentes de todos. Por eso, detrás de esta dinámica interior de nuestro ser personal, está la verdad y la realidad de Jesús. Nadie puede prescindir de El, pues forma parte de nuestra humanidad. El nos dice “Yo soy la Verdad”, yo soy esa verdad que os permite crecer conmigo en la verdad y en la bondad de las cosas, la verdad que os permite entrar hasta el corazón del mundo, hasta el misterio interior de todas las cosas que se abre a la Verdad de Dios, de la que nace toda verdad, y de quien recibimos el espíritu de amor y de apertura para entrar en comunión con todos los existentes.

Este proceso se puede ver más claramente en una perspectiva descendente. Dios Padre es la fuerza del ser infinito que se afirma por Sí mismo, al afirmarse se hace Verdad, esplendor de Sí mismo, y a la vez se hace concordancia, fusión, gozo en la unidad del Ser infinito con el esplendor de la Verdad en un Amor personal que es la afirmación de la bondad y de la generosidad infinita del ser de Dios.

Algo de esto nos da Dios cuando nos crea a su imagen y semejanza, nuestro pequeño ser personal queda abierto a la verdad de Dios porque procede de El, tiene en sus entrañas esa concordancia con todas las demás cosas y personas nacidas del mismo Dios, y por eso mismo es capaz de descubrirlas con gozo, de amarlas, de fundirse con ellas en el abrazo del espíritu, buscando la plenitud gozosa que solo nos puede venir del Dios original. La belleza y la bondad que encontramos en el mundo nos descubre lo que llevamos ya dentro de nosotros mismos, porque Dios lo ha puesto de antemano, al

hacernos hijos suyos, abiertos a la realidad universal. Así es como la verdad, descubierta, amada, asumida, nos hace libres, vivientes, exultantes.

Nuestro Presidente Zapatero, quiso presentar las cosas de otra manera. Con una audacia de alto riesgo sentenció: “La libertad nos hará verdaderos”. Esta manera de entender la libertad ya no está abierta ni arraigada en la realidad, es una libertad encerrada en sí misma, sin referencia a la verdad objetiva de los demás, es la libertad de los propios deseos, la libertad de las ambiciones y caprichos, una libertad ensimismada que no se molesta en buscar la consistencia de la verdad fuera y más allá de sí misma. En esta manera de entender las cosas, ser libre es llevar a término mis deseos, lo que en cada momento me apetece, así llego a ser verdadero, así consigo llegar a ser yo mismo. Pero un “yo mismo” que no ha crecido saliendo en busca de la rica y compleja realidad anterior a mí, mayor que yo, sino que se repliega sobre sí misma satisfaciéndose en los propios deseos. Esta manera subjetivista de entender la libertad, sin apertura a la realidad objetiva, previa y superior a nosotros, nos mantiene encerrados en una sala de espejos, en la que todos nuestros deseos nos reflejan a nosotros mismos, nos vemos de mil maneras pensando que somos el centro del mundo, pero en realidad sólo nos vemos a nosotros mismos y disfrutamos de nosotros mismos, cada vez más aislados de la verdad del mundo y de los hombres, más alejados de la verdad infinita de Dios, que queda al otro lado de los espejos, anterior e independiente de nuestros caprichos.

Esta manera de entender las cosas tiene dos manifestaciones en nuestra cultura que resultan verdaderamente trágicas y destructivas. La primera es el relativismo. Si nosotros somos el centro de la realidad, si las cosas o las personas que existen independientemente de nosotros no son término real de nuestra libertad, entonces es lógico que no queramos reconocer nada como objetivamente verdadero. Sólo es verdad lo que cada uno decida para su propio bien. Cada uno “crea” su verdad y tiene “sus” verdades. Una cosa es verdad para uno, y la contraria puede ser verdad para otro. En el fondo es que nada es verdad para nadie.

En esta manera de ver las cosas, cada uno vive encerrado en sí mismo, cada uno es la verdad para sí mismo, sin necesidad de mantener contacto real con lo que cada cosa es fuera de nosotros. En esta mentalidad la persona vive cerrada en su propio mundo, cerrada en sus propios deseos, de espaldas a la realidad. Como si fuera el principio y el fin del mundo. Esto, que en el mundo de las realidades físicas es imposible, en el mundo de las realidades espirituales y morales lo practicamos continuamente. “La Iglesia puede decir lo que quiera, yo pienso que...” Cada uno tiene su verdad, cada uno se fabrica su verdad. Pero esta verdad no sirve para comprender la realidad, ni para entrar en ella, ni para favorecerla, porque no es la verdad de la realidad, sino la verdad subjetiva de nuestros propios deseos. El relativismo es individualismo y termina siendo nihilismo.

La otra funesta consecuencia del subjetivismo es la legitimación de la mentira. Si la verdad nace de nosotros, si es verdadero lo que cada uno quiera, estamos facultados para decir en cada caso lo que nos convenga, lo que queramos que piensen los demás a favor de nuestros deseos, de nuestros planes ambiciones. No hay por qué atenerse a la verdad de las cosas, porque no hay una verdad objetiva, cada uno compone la verdad como le parece. El lenguaje mentiroso nos desconecta de la realidad, nos recluye de nuevo en nuestras pretensiones, manipula la realidad de los otros llevándolos a

configurarse con la vanidad de nuestras fantasías y deseos. La cultura del subjetivismo termina siendo una cultura fundada en la mentira, es decir, en el vacío, en el no ser, en la nada, porque la mentira es lo que no es, el hueco de la existencia, la ficción de la realidad.

¿Qué pensar, qué se puede esperar de una sociedad en la que no se quiere aceptar la verdad de las cosas, en la que desde la opinión pública, desde la política, queremos que las cosas sean como nos interesa a nosotros, como si fuéramos realmente los creadores de un mundo de valores, de proyectos, nacido de la presuntuosa omnipotencia de nuestra engrandecida libertad? Cuando llegamos aquí estamos ya en el terreno de la idolatría, de las falsas divinidades creadoras de mundos falsos y decepcionantes. Nosotros mismos somos el ídolo al que atribuimos los poderes del Dios creador del mundo y fuente de la vida y de la felicidad.

Tendremos que cambiar y dedicarnos sinceramente a buscar juntos cómo son y cómo tienen que ser las cosas, por sí mismas, en atención a su propia naturaleza, al crecimiento de todos en la verdad y en el bien, en esa verdad universal que nos sostiene a todos, que tiene espacio para todos y que en último término está garantizada por la Sabiduría, el Poder y la Bondad de Dios. Sin esta voluntad conjunta de vivir y crecer en el camino de la verdad movidos por el amor a lo real, no hay cultura verdadera, ni hay sociedades fuertes, ni hay personas cabales.

Os invito a indagar las consecuencias de estas ideas en tres campos especialmente importantes de nuestra vida: la educación, la vida política y la religión.